

Los girasoles olvidados

Un océano dorado con chispas acarameladas duerme profundamente en la llanura olvidada. En el corazón de la España vaciada, entre la Serranía y la Mancha, se encuentra Villar de Cañas, un poblado inmortal al voraz paso del tiempo. Las rocas agrietadas y la tierra árida han visto pasar tantos años como estrellas en el firmamento. Los recuerdos perseveran el eco del pasado.

Desde la garganta del Guadiana, el hermoso río Záncara atraviesa el municipio. Las aguas cristalinas serpentean a través del espacio y el tiempo, nutriendo a la fauna y la flora. Los hogares se prenden en las casas durante el duro invierno, cuando el clima se vuelve seco y frío.

Sin embargo, el verano se viste de amarillo con notas bordeadas de celeste y turquesa. Las altas temperaturas bañan las aceras y los caminos, mientras los jornaleros trabajan las cosechas en los cultivos.

Todavía recuerdo los bellos campos de girasoles. Los pétalos abiertos al compromiso del amor, con tallos tan fuertes y arraigados en la tierra que ni el viento podría quebrarlos. Cada uno era perfecto y único, enorme y precioso en todo su esplendor. Por las mañanas, se alzaban con los primeros rayos del alba y, cuando caía el terciopelo negro de la noche, dormitaban tranquilos augurando el mañana.

Bailaban al compás de la brisa veraniega y su aroma fresco y suave impregnaba el aire. Solía caminar con María, mi amada, a través de los senderos que bordeaban los campos dorados. Ella solía decir que su olor le recordaba al dulzor de la miel, tan tierno y suave que hasta podía saborearlo en la punta de la lengua.

Pasear entre los girasoles le hacía sentir menos *cansada* y las dolencias propias de la vejez se aliviaban con tan solo mirarlos durante un rato. Nuestra vida

compartida por más de cincuenta años había estado repleta de aquellas flores amarillas, entrelazando nuestros recuerdos en un interminable caleidoscopio de colores.

Mis manos están vacías. Los campos se alzan perpetuos a través de la llanura, con las flores meciéndose en la cadencia del viento. Observo cada uno de los pétalos y siento cómo mi corazón se aflige en un nudo muy pequeño. Incluso sin verlos, puedo sentir a María a mi lado, su risa un estallido en sus bonitos labios. Veo sus pisadas en la tierra fresca y huelo la humedad en el aire. Corría entre los tallos como una flor más, brillante y etérea.

Ahora que ya *no está*, los girasoles han dejado de buscar la luz de los cielos. Las hojas se marchitan con premura y los pétalos se tornan pardos y cobrizos. El frío me muerde las mejillas, anunciando un invierno gélido.

María se llevó toda la alegría de este pueblo, toda la gracia y la belleza que poseía Villar de Cañas. Me pregunto si las horas podrán calmar esta tristeza que me revuelve desde dentro, si alguna vez podré mirar las llanuras amarillas sin derramar una lágrima.

Entretanto, aguardo el regreso del verano con impaciencia, pues mientras pueda sembrar los girasoles preferidos de María, siento que todavía está a mi lado, apretándome la mano y cantando melodías olvidadas al viento.